

de un rayo de sol, de la estacion que trascurre, de la nube que pasa; tiene cifrada en él su ventura: cualquier hora, lugar, estacion y cielo son buenos cuando no se está aislado.

¿Qué les importa á dos corazones unidos lo que pueda sufrir mudanza en su derredor, si el uno es el tiempo, el cielo, el mundo del otro? La hora que trascurre vuelve más llena y fecunda; su corazon inagotable, abierto el uno para el otro, es para ambos un firmamento jamás empañado por nube alguna, en el cual penetran sin hallar sombra y en el cual leen sin que les estorbe ningun velo. Sin cesar aparece ante ellos un nuevo horizonte; la resonancia de la voz de cada amigo despierta en el seno del otro un mismo sentimiento; la palabra con que el uno expresa su pensamiento, está á punto de brotar de los lábios del otro; el ademan viene en auxilio de la palabra, la mirada sirve de intérprete al corazon; el alma mana de continuo y ya no languidece; la mútua impresion de un universo nuevo vibra á la vez, se refunde y se reduce en breve á una sola; nos vemos vivir, nos oimos sentir en ese otro yo, en el que todo encuentra eco; nos explicamos fácilmente, nos creamos una lengua desconocida al emitir una idea franca y cordial. Se comprende uno á sí mismo, se sueña, se dice: «¡Soy yo!» ¡Encontramos nuestro emblema en nuestra viviente imágen; admiramos el mundo á través de lo que amamos, y teniendo apoyo

la vida, y sirviendo de apoyo á su vez, es ya una carga sagrada que soportamos con placer!

.....

En la Gruta, 25 de Setiembre de 1793.

Cuando regreso al anochecer de mis lejanas cacerías, con los piés lastimados, los dedos desgarrados por el hielo, llevando áuestas el corzo ó la gamuza, y desde lo alto de un picacho diviso en lontananza mi lago azul que parece un poco de agua recogida en el hueco de la mano de un niño, y veo el verde feston que rodea su copa de granito, y la cabeza amarillenta de mis inclinados robles, y allá en el fondo de la gruta la vacilante claridad del fuego que enciende Laurencio; cuando reflexiono un momento, y me digo: «Allá abajo, en ese punto luminoso que un lince no divisaria, tengo la mejor parte, la otra parte de mí mismo, una mirada que me busca, una sonrisa que me ama, un amigo cuyo corazon latirá con más fuerza al oír el ruido de mis pasos, un sér del que me ha constituido protector el cielo, que lo es todo para mí y para quien yo lo soy todo en la tierra, pátria, amigos, parientes, madre, padre, hermano y hermana, que cuenta todos mis pasos en su corazon palpitante, y para quien el dia no tiene más que un momento cuando me hallo ausente, el momento en que, viéndome bajar de estos montes,

acude presuroso á echarme sus brazos al cuello, y brincando despues como un cervatillo, me conduce á nuestra mórada corriendo delante de mí;» entónces, acelerando la marcha por el nevado camino, busco de una ojeada el sendero que más lo açorta, siendo en vano que el glaciár suspendido me oponga su muro, pues yo me deslizo por sus azuladas pendientes: encuentro á Laurencio al pié de la montaña, pues todavía no permito que me acompañe en mis excursiones, apoya en el mio su débil brazo, le cuento cómo he pasado el día, él me dice lo que ha hecho; penetramos en la gruta, y una vez allí prosigue haciéndome saber cuántos huevos han incubado las tortolillas por la mañana y se han abierto bajo sus alas, cuánta leche ha dado nuestra cabra negra ó cuántos peces han caido en la red; me enseña el monton de musgo y de hojarasca que recoge para alfombrar la cueva antes que llegue el invierno, los frutos que ha probado y traído del bosque y cuyas agudas espinas han ensangrentado sus dedos, la rama de parra ó de hiedra que flotaba suelta, y que ha sujetado á las paredes de la gruta, lasavecillas que ha atrapado echándoles grano, y los corzos domesticados que comen en su mano, porque, ya sea por preferencia ó por hábito, los gamos, los corzos de la montaña y las aves del bosque, todos esos dulces compañeros de nuestra soledad, acuden al verlo y vuelan al oír su voz.

Comemos en la mano lo que da de sí el día, la leche, los sencillos manjares que el contento sazona; probamos uno tras otro frutos desconocidos, ó exprimimos su jugo para refrescarnos, cuidando de reservar para el invierno los que el sol seca y no se echan á perder; á cada cosa que inventa el uno, aplaude el otro; prevemos, combinamos, y si nos sale mal nuestra combinacion, reimos; de este modo pasamos las largas veladas agradablemente entretenidos, y cuando en el mortecino hogar arde el último tizon, salimos á pasear junto al lago, espejo de nuestras noches, donde con frecuencia vemos salir la estrella de la madrugada.

Entónces nos arrodillamos mirando á la ventana en que oscila un resto de claridad, y desde la cual Laurencio dirige con frecuencia la vista hácia la cruz de la tumba, inclinando su frente grave y piadosa; y cuando, despues de bendecir el día trascurrido, que devolvemos á Dios tal como nos lo ha dado, despues de rogar por que nos conceda muchos días semejantes al que termina, despues de rezar por cuantos viven, elevamos tambien nuestras plegarias por el reposo eterno de los difuntos. Laurencio no puede contestar muchas veces á los versículos por ahogar su voz el llanto, y á menudo inundan sus manos cruzadas las lágrimas no agotadas aún que brotan de sus ojos.

De esta suerte termina el día, y en seguida cada cual se va á dormir en paz en su lecho de espeso fo-

llaje, hasta que la voz del primero que despierta viene á halagar el oído del otro juntamente con el canto de la alondra.

En la Gruta, 23 de Octubre de 1793.

Desde que el tiempo va mitigando su dolor, ¡qué hermoso y apuesto se vuelve Laurencio! ¡Cómo crece! Hay momentos en que su rostro irradia sobre el mío, y el esplendor de su frente me deslumbra y maravilla; no puedo resistir el brillo de su belleza, y cuando mi mirada se fija extática en la suya, pareceme sentir á veces lo que sintieron las mujeres que encontraron junto al santo sepulcro al hombre sentado, el cual les dijo: «Idos, ya no está aquí;» al oír estas palabras turbóse su corazón, y creyendo hablar al hombre, cosa extraña, acabaron por comprender que estaban en presencia de un ángel!....

En la Gruta, 24 de Octubre de 1793.

Miraba yo esta noche á Laurencio á la claridad de la flameante hoguera que se reflejaba en su frente, mientras él, sentado en el suelo, contemplaba á su vez cómo jugaba entre sus piés su cervatilla predilecta; jamás se ha ofrecido á mi vista un cuadro tan

dulce y tan gracioso como el que presentaban el mancebo y el animal.

La cierva, doblando sus blancas patas bajo el vientre, á la manera que se tiende de día sobre la blanda yerba, se acomodaba sin recelo entre sus rodillas, fijaba en él su suave é inteligente mirada, cogía de entre sus dedos tiernos retoños de sauce, estiraba el cuello descansándolo sobre su hombro, y lanzándome desde allí una mirada triunfante, lamía y mordiscaba los cabellos del niño.

28 de Octubre de 1793.

¡El niño! Ya no puedo llamar así á Laurencio: sus diez y seis años le hacen entrar ya en la adolescencia; su frente llega casi á la altura de la mía; mi pié apenas puede competir con el suyo á la carrera; únicamente su voz tierna, angelical, argentina, conserva aún el timbre de la infancia, y sus inflexiones, vibrantes de dulzura, me traen con frecuencia á la memoria la voz de mi hermana. Entónces, hallando eco momentáneamente en mi corazón esos sonidos, parece escaparse del pecho para retroceder un tanto al tiempo pasado, y me vuelve á los días en que llegaban á mi oído los tiernos acentos de mi madre y de mi hermana, acentos que de tan sublime atractivo rodeaban al hogar doméstico, y que constituían la

suave música de mi infancia: yo los busco, mi corazón se pone en comunicación con los ausentes, y se agolpan las lágrimas á mis ojos. Laurencio se acerca, se sienta en mis rodillas, me contempla silencioso, me pregunta por qué lloro, en qué pienso: le hablo de mi infancia, llora al escucharme y dice: «¡Cuánto te amaban! Pero yo no te amo ménos. ¿No soy yo para tí como un hijo de tu madre? ¿No has reemplazado en mi corazón hasta á un padre?» Luego, apoyando nuestras frentes en la misma piedra, uno delante de otro, lloramos juntos.

Pero cuando torno en mí al oír su voz, y levanto la cabeza para enjugar mi llanto, cuando se disipa la sombra de mi frente, y veo aquel rostro encantador, inundado de lágrimas, levantarse también, y que las sombras que lo anublan se desvanecen al par de las mias, cual viviente espejo en que se refleja mi propio rostro, cual sombra animada en que todo cuanto siento palpita en otro corazón, y se imprime en otros sentidos; cuando pienso que Dios me devuelve, en ese solo ser, todos aquellos entre los cuales me hizo nacer su bondad, que ese pobre huérfano no tiene más apoyo que el mío, que existe en mí solo como yo existo todo en él, que mi brazo es su brazo y mi vida su vida, y que el mismo Dios ha creado la amistad que nos une, ¡ah! entónces no tardan en secarse mis lágrimas, y mi corazón halla cumplida ventura en un solo sentimiento!

En la Gruta, 29 de Octubre de 1793.

¡Belleza! Secreto celestial, rayo, emblema divino, ¿quién sabe de dónde descendes? ¿quién sabe por qué se te ama, por qué te sigue la vista, por qué el corazón amante se precipita hácia tí como se precipita el hierro hácia el iman que lo atrae; adhiriéndose á tu sombra con incontrastable adherencia, abrasándose al acercarse á tí y muriendo cuando se le arranca de tu lado? Ya sea que, difundida por la tierra y por el espacio como primero ó quinto elemento, se de á conocer tu fuerza bajo diferentes aspectos, atraiga nuestras miradas á los rayos de la estrella; á la agitación de los mares, á la bóveda del firmamento, á los flexibles riachuelos, á los graciosos árboles; ora impresa en nuestros ojos con caracteres más elocuentes y estampando tu sello en la naturaleza animada, des al león su mirada terrorífica, al caballo la ondulación de sus abundosas crines, al águila la longitud y la sombra de sus alas, ó su airosa curva al cuello de las tortolillas; ó ya en fin reflejándote en el rostro humano, espejo de tu poderío, compendio de tu mano, reflejes en las facciones, en los colores con que tu mano lo adorna, en la frente del hombre ó de la mujer á donde asomas, ese rayo de gracia y donosura, que no puede sostener la vista sin impregnarse de él; nadie conoce tu secreto, todo está sometido á tu imperio; arrancas suspiros ó exclamaciones de toda alma, y este impulso, engendrado por la fascinación

que causas, parece la revelacion de nuestro instinto.

¿Quién sabe si eres en efecto algun trasunto del mismo Dios, que pasa á través de esa nube, ó si ha vaciado en su divino molde esa alma, á la que dotó de tan hermoso cuerpo? ¿No habrá modelado el Hacedor la encantadora armonía de ese rostro en la belleza suprema, infinita, inefable? ¿No se habrá apropiado al nacer, y en virtud de secretas relaciones, sus facciones y su forma? Y en ese esplendor que la forma revela, ¿no nos dice tambien: «Aun es más bella el alma contenida en ella?»

Algun día lo sabremos, más adelante, en mansion más elevada; en cuanto á mí, sólo Dios es testigo, y sólo El sabe por qué, de que, ya brille la belleza en la naturaleza, ó en los cielos, ó en una yerba, ó en un rostro, mi corazon, nacido para amar y admirar, vuela á ella espontáneamente como la vista vuela hácia la luz, la abarca de una ojeada, se posa en ella con deleite, dejando siempre en ella algo de sí mismo, y mi alma inflamada lanza sobre ella sucesivamente una ó dos chispas de su amoroso foco.

Con frecuencia me he inculcado por estas simpatías, sobrado repentinas en mí, sentidas con demasiada vehemencia, por esos instintos nacidos de la primera ojeada, por esos movimientos súbitos que una sola impresion convierte en sentimientos. A menudo me he dicho: «Quizás Dios censura en mí esas inclinaciones que profanan la pura llama del co-

razon; más ¡ay! á pesar nuestro los ojos no pueden menos de fijarse en esa antorcha. ¿Acaso será un crimen, Dios mio, amar en demasía lo bello?

En la Gruta, 1.º de Noviembre de 1793.

Tales fueron los pensamientos que acudieron á mí mente el otro día contemplando á Laurencio, porque siempre pienso en él. Jamás ha impreso la mano de Dios en un rostro de quince años ni en un alma humana rasgos más seductores; jamás ha combinado más bellezas, haciendo dudar de si lo que se contempla es un niño ó un ángel. Cuanta pureza puede encerrar un alma en sus albores, cuanta limpidez puede haber en unos ojos inmaculados, cuanta embriaguez en la aurora de la vida, cuanta ternura grave y formal en un corazon más formado, reunido todo ello en sus facciones risueñas ó serias, forma un conjunto armoniosísimo, y segun el rayo que el pensamiento difunde en esas facciones, la sombra que las recorre, el relámpago que las atraviesa, así brilla en ellas cual esplendoroso fulgor, ó colora sus mejillas con las tintas de la candorosa rosa, ó flota en sus párpados cual lágrima trasparente, ó nada en sus miradas como vago ensueño, se frunce entre sus dos cejas formando reflexivas arrugas, se recoge oculto bajo sus sedosas pestañas, ó se esparce sobre sus la-

bios á modo de lánguida sonrisa; por do quiera que el adolescente pasa parece que va dejando en pos una viva claridad, que emana de él una penetrante luz.

Muchas veces, al espirar un día moribundo y sombrío, cuando todo está ya envuelto en tinieblas, en torno suyo reina todavía la luz, refléjase su brillo en cuantos objetos le rodean; alumbrá la noche con un resto de claridad, y su mirada semejante á esos encendidos rayos con que Rafael ha orlado la frente de sus celestiales vírgenes, me obliga á bajar la vista. Quizás no sea un símbolo ese fulgor; tal vez el alma tenga ya en la tierra su aureola.

Por más que esfuerzo mi memoria, no hay nada en cuantos rostros he conocido que se parezca al suyo; ninguno de los compañeros de mi infancia, ni los discípulos de mi adolescencia, estaba dotado de facciones tan puras, ninguno tenía esa frente, esa languidez, ese timbre de voz conmovedor que hace vibrar las fibras más profundas del corazón, esa piel que colora con azuladas tintas la sangre de sus venas, esa mirada que se esquivo y que no obstante penetra en lo más íntimo del alma, esas negrísimas pupilas, parecidas al oscuro firmamento cuando el alba naciente lucha en él con las nocturnas sombras, pupilas de las que brota el rayo húmedo del alma, como una estrella sobre fondo enebroso; esos cabellos, cuyos blondos y sedosos rizos emulan las ondulaciones y las curvas de un río: al contemplar esa

forma, en que todo es gracia y donaire, creerías que ese sér celestial ha nacido de otra raza, y que sólo tiene de comun con los séres humanos la amistosa mirada que le adhiere á mis pasos.

Y cuando le veo sobre esas alturas, con sus hermosos piés descalzos, con su corbata ceñida en derredor de la cintura, con su blusa sin pliegues abrochada hasta el cuello, comprimiendo apenas su seno, con su garganta desnuda y erguida la cabeza como la de un arrogante corcel al que se halaga y acaricia, con sus cabellos que há más de un año no han sentido el contacto de las tijeras y que caen en luengos bucles á uno y otro lado de su cuello, y con su frente, bañada de sudor ó de lluvia, levantada al cielo para que la oreo un rayo de sol; cuando le contemplo así corriendo en lontananza y apareciéndoseme de pié sobre un pico del glaciár, experimento una turbación indecible, y creo ver su celestial figura como un sér ideal superior á la naturaleza, que se desprende de la tierra y se transfigura, y á veces estoy á punto de adorarle; pero la suave resonancia de su dulce voz me hace volver en mí, y me lo presenta tal como en sí es.

.....

En la Gruta, 1.º de Diciembre de 1793.

El sol ha retirado por seis meses sus cálidos rayos de los témpanos de hielo cuyo blanco resplandor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ilumina estos montes, estando casi siempre sumergido en el piélago de nubes que se estrella noche y día contra estas altas playas, y en cuyas cimas y vertientes arroja, en vez de espuma, espesos copos de nieve empujados por el cierzo.

El día apenas tiene ahora un rayo de luz roto por los temporales, que se extiende un momento por estas cúspides impregnado de humedad, y que la presurosa sombra acude de improviso á disipar, á la manera que el viento barre las hojas al pié de los álamos. No parece sino que la suprema cólera de Dios deja entregadas al caos estas cimas de la tierra: el eterno huracan las tortura de continuo, jamás descansan en ellas las oleadas de brumas; un sordo mugido, acompañado de un quejido, retumba en el aire y sale de los huesos de la montaña: es la lucha de los vientos en el cielo, es el choque de las nubes impelidas contra los peñascos escollos; es el áspero crujido del seco ramaje, que bajo el peso de los carámbanos se retuerce, estalla y gime; es el disonante graznido del cuervo que descende de los aires; el fatídico silbido que lanza el ábrego al engolfarse en las peñas; los saltos irregulares del enorme alud que se despeña y que el viento hace rodar convirtiéndolo en blanca polvareda; el eterno golpe de rechazo de los torrentes que se precipitan en raudas cascadas, surcando las rocas con sus saltos destructores, y que arrancan bramidos al abismo en que retumban las

aguas con su soplo subterráneo continuo, monótono, que se parece oído de léjos á los sordos estremecimientos de la cuerda de un arco que estuviera vibrando sin cesar.

En esas cimas veladas ya no presenta el cielo sus maravillosos cuadros, ni ofrece auroras centellantes ó noches estrelladas; ya no penden de mi roca guirnaldas de flores, ni acuden á ella lasavecillas para cantar ó anidar; la corneja extraviada recorre sin tino sus negros contornos; los carámbanos de hielo son los únicos festones que engalanan la gruta en la cual estamos como sepultados; la luz no llega á nosotros sino al través de los témpanos; pero rodeados del templado ambiente que allí dentro reina, calentándonos á un buen fuego de alerce que alimenta el hogar, pasamos sin tedio el mal tiempo, y ocupamos tan bien los días, que nos parecen cortos; nuestras conversaciones interpoladas con algunas horas dedicadas al estudio nos acostumbra plácidamente á nuestra gruta, recogiéndonos en ella con un placer análogo al del ave que se refugia en su nido cerca de la cueva y que, bajo un cielo lluvioso ó en la blanca llanura, se mece abrigada en su rama á impulso de la impotente furia del vendaval.

Cuanto más horribles son los bramidos de los vientos desencadenados, cuanto más resuena el estruendo de alud que se despeña en mil fragmentos, cuanto más se amontona la nieve al rededor de la

caverna, más agreste placer é íntimos arrebatos nos causan esos aullidos, esos terrores del exterior, más nos concentramos en la temblorosa roca y más reconocemos la mano de Dios que nos reúne. Y si por acaso vemos al despertar que algún tímido rayo del sol de invierno penetra por la ventana, salimos presurosos de la roca como el corzo escapado de su guarida, para gozar de su grato calor, prorumpimos en exclamaciones de júbilo al ver los cristales de hielo que forman torres, muros, castillos transparentes, arcadas de zafiro, grutas en que la aurora se matiza al pasar con los verdes reflejos de las ondas, troncos resplandecientes en los que la escarcha amontonada adhiere al rededor de las ramas un follaje congelado, y nieve sin límites cada una de cuyas partículas, al rechinar bajo nuestras plantas, brilla como una chispa.

En esos movedizos desiertos abrimos al azar senderos cuyo polvillo blanco deslumbra la vista, nos revolcamos alegres en esos lechos helados del propio modo que el corzo se hunde entre las floridas yerbas; nos reimos á carcajadas al ver nuestros cabellos blancos, espolvoreados de escarcha y chorreando nieve; nos tiramos puñados de nieve cuyo helado contacto nos entorpece los dedos, y nuestros piés trancidos saltan y brincan de contento, porque Dios, que nos confina en esta áspera morada, hasta en lo más crudo del invierno depara un halagüeño aliciente á cada día.

En la Gruta, 16 de Diciembre de 1793.

Cuando por casualidad me despierto de noche y pienso que dentro y fuera todo está tranquilo y silencioso, y olvidando que Laurencio duerme cerca de mí, mi corazón mal despierto se cree sólo un momento; si entónces percibo su respiración que sale con regularidad de su pecho, hálito armonioso de un niño dormido, me incorporo apoyándome sobre un codo, cual madre que vela á la cabecera de su hijo, y aquel aliento sosegado me tranquiliza; bendigo á Dios en voz baja por haberme otorgado la compañía de ese ángel á quien guardo y que me guarda, y en la dulce voluptuosidad de que están llenas esas horas siento que mi alma respira y vive en dos alientos. ¿Qué música podría tener para mí semejante melodía? Escucho largo tiempo cómo duerme, y vuelvo á conciliar el sueño.

.....

6 de Enero de 1793.

¿Cómo podré pagar al Señor los bienes que me otorga? Mientras la tempestad resuena á nuestros piés, y cada día se vierten lágrimas y sangre á raudales, en estos elevados lugares reina una paz inalterable, y la tierna amistad, que huye del bullicio, convierte en un universo nuestra soledad.

¡Cómo se adhiere ese niño á mi sombra! ¡Cómo

se confunde su corazón con el mío sin notarlo! ¡Oh! ¿Quién será capaz de separar estas almas que el cielo y la tierra unen con tantos vínculos? Más fácil sería arrancar una á otra esas dos hayas gemelas que parecen ligadas con un nudo y que enlazándose cada día con más fuerza, crecen del mismo tronco y bajo la misma corteza. Pero en esto no hay comparación posible; recuerdo haber tenido en mi infancia por amigo un perro, una galguita blanca de hocico de gacela, pelaje ondulado como seda, cuello de tortola, y mirada profunda y dulce como la de una persona; siempre había comido en mi mano, respondido á mi voz, seguido tras mí, dormido á mis piés y olfateado mi sitio; cuando yo salía solo dejándola en casa, pasaba llorando todo el tiempo que duraba mi ausencia; para verme ir ó volver á la mayor distancia posible, se ponía de un brinco en la ventana, y con los dos piés plantados en las frías vidrieras se estaba todo el día mirando por los cristales; ó bien recorriendo mi cuarto, buscaba al ménos el rastro, la sombra de su querido amo, la última ropa que me había puesto, mi pluma, mi capa, mi libro abierto todavía, y enderezando las orejas en la dirección del viento para oirme mejor, tendiéndose de lado, pasaba las horas aguardándome. Al percibir el rumor de mis pasos, el fiel animal salía á mi encuentro corriendo, se echaba á mis piés como sobre una presa, trazaba en torno mío círculos de júbilo, me seguía á mi

apoyado hasta el pié del sillón, y pareciendo dormido, no dejaba de mirarme; y el sonido de mi voz, un suspiro entrecortado, el más leve movimiento de mis piés sobre la alfombra, mi respiración más ó ménos fuerte, el entornar de los ojos medio adormecidos sobre el libro, el ténue roce del dedo en la página, una sombra, un vago pensamiento que trascendiera á mi rostro; parecían pasar también por su sueño y con su golpe de rechazo le hacían estremecerse bruscamente, y mi alegría ó mi tristeza, retratada en sus ojos, no venía á ser sino un rayo de un doble pensamiento.

¡Murió, sin apartar sus bellos ojos de los míos!
¡Cuántas lágrimas derramé! ¡Le quería tanto!....

Pues bien, aunque mi pluma vacile al correr sobre esta página, temerosa de empañar en mi corazón la amistad con una imagen, porque cualquier comparación entre el alma y el instinto es profanar la naturaleza y mentir á la razón, acude á mi mente ese grato recuerdo de mi dichosa infancia cuando pienso en Laurencio. Ese amigo de mi raza no me quiere ahora ménos que entonces mi perrilla; no puede pasar un momento lejos de mí; una hora de ausencia le entristece, le hace languidecer; anda cuando ando, piensa cuando pienso; su mirada sigue la mía, como si el rayo de nuestros corazones no pudiera dirigirse más que á un mismo punto; lo propio que mi pobre perra ó que la golondrina que no se alarma ya al ver-

nos cerca de ella, se ha domesticado paso á paso, dia por dia; se enoja cuando me voy, brinca cuando vuelvo; mas para cualquiera otra persona, ese hijo del desierto se volvería salvaje!

¡Oh! ¿Cómo es posible no amar á quien nos ama así? ¿Quién podría igualar lo que yo encuentro aquí? ¿Qué puede echar de ménos el corazon nutrido con tales ternuras? ¡Dios mio! Vuestros dones exceden siempre á vuestras promesas, y en mis más halagadores ensueños de amistad, mi corazon no habia siquiera adivinado la mitad de lo que esta es!

El manuscrito estaba roto al llegar aquí, y faltaban algunos pliegos. Debe presumirse por lo que sigue que Jocelyn habia continuado consignando los mismos sentimientos y las mismas circunstancias de su vida feliz durante aquellos meses de soledad.

